

Apoteosis del Padre de la Patria

Al pie del Avila.

Nunca ha vuelto Caracas a presenciar un espectáculo tan solemne y tan grave como el que al atardecer del día 16 de diciembre de 1942 tuvo lugar al norte de la ciudad. Una muchedumbre incontable había ido estacionándose y tomando posiciones, por lomas y vericuetos, desde el ruinoso templo de la Santísima Trinidad (hoy Panteón Nacional) hasta el pie mismo de las estribaciones del cerro por donde asciende el camino que va a La Guaira.

La ciudad capital se hallaba, para la fecha, repleta de gentes venidas de todas las Provincias de Venezuela. Los pueblos más cercanos se habían quedado vacíos, pues todas las clases sociales se han dado cita al pie del Avila.

Al frente de la iglesia de la Santísima Trinidad arranca un camino que tuerce hacia el Oeste, y siguiendo por Las Dos Pilitas empalma con el viejo Puente de Carlos III, para de nuevo seguir en dirección Norte hacia la Puerta de Caracas. Por ahí va por momentos intensificándose el subir de animados grupos de a pie y de a caballo. Han pasado ya diversas Corporaciones de la ciudad, con sus uniformes y signos distintivos. Hace unos momentos también que la Municipalidad de Caracas ha cruzado en igual dirección.

Por momentos crece la ansiedad entre los grupos en expectativa. De pronto nótase como si una corriente eléctrica hubiese sacudido a toda aquella informe muchedumbre. Hay un murmullo que corre en oleadas. Todo el mundo está de pie. Todas las miradas están fijadas en la cumbre del cerro por donde

hace su primera curva de descenso a Caracas el camino que viene de La Guaira. Han comenzado a verse, recortadas sobre el límpido fondo del cielo, sobre la áspera corteza del monte, las puntas de lanzas y de fusiles, y los gallardetes tricolores que anuncian una guardia militar. El silencio se hace ahora imponente. Los ojos siguen fijos en la altura del camino guaireño. Ya van dibujándose siluetas de hombres en uniforme. Ya son pelotón que marcha como puede, en irregular formación, por entre piedras y baches, montando guardia a otro pelotón más compacto que avanza lento allí cerca. Flamea una gran bandera tricolor; aparecen uniformes de altos oficiales del Ejército y de la Marina, y por fin, sobre aquel conjunto de armas, uniformes, banderas, tierra y montes venezolanos y cielo universal, aparece —llevada sobre hombros de robustos marinos de guerra nacionales,— la urna que encierra los restos del Padre de la Patria: Simón Bolívar (1). El cortejo se mueve con paso lento. El camino de subida, y las horas de marcha que han corrido desde las seis de la mañana de este día, muestran ya su

(1) La urna, regalo del Gobierno de Nueva Granada, construida en Bogotá, era de madera de rosa o palisandro, primorosamente embutida con otras bellas maderas. Tenía asimismo adornos embutidos de oro y marfil. Todo se había ejecutado con el mayor gusto y primor. La descripción pormenorizada de todo el adorno e inscripciones, puede verse hacia el final del largo escrito de Fermín Toro acerca de las Honras Fúnebres del Libertador el año 1842.

huella en los rostros de cuantos forman en la comitiva. El cañón ha empezado a disparar en Caracas sus salvas oficiales. Las guardias militares apostadas para el recibimiento en la bajada a Caracas, ya han recibido clarinadas de atención. De los pechos de la multitud, que ya casi no puede tenerse tranquila, se escapa un murmullo mitad sollozo y alegría, mitad plegaria y acción de gracias, al ver de nuevo —ahora definitivamente— en su ciudad natal al hijo generoso y sacrificado que hace doce años muriera en hospitalarias playas neogranadinas.

Serian cerca de las cinco de la tarde cuando ya en La Puerta de Caracas los recios y decididos marinos venezolanos sintieron muy a su pesar que otros hombres querían también cargar aquellos sagrados despojos. Los respetables ciudadanos del país, turnándose por trechos, conducían ahora, ciudad adentro, al hijo meritísimo de Caracas. El pueblo todo presenciaba aquel desfile, fijos los ojos sobre el preciado ataúd que ya llegaba al templo de la Santísima Trinidad. En aquellos momentos las múltiples campanas de todas las otras Iglesias capitalinas llenaron el ambiente con el litúrgico sonido de sus dobles. Entretanto, entraba la urna en la Trinidad donde quedaba en Capilla Ardiente y escoltada por numerosa guardia, durante toda aquella noche del 16 al 17 de diciembre. La Iglesia de la Santísima Trinidad, resquebrajada y ruinosa desde el tremendo terremoto de 1812, había sido preparada de tal manera, —recubierta toda con telas negras y palmas y ramos de laurel,— que cierto formaba un recinto dignísimo donde custodiarse durante la noche la urna veneranda. Andando los años aquel mismo recinto iba a ser el guardián definitivo de los restos mortales del Libertador!

Justicia Oficial.

Terminaba el Gral José A. Páez su segundo período presidencial, 1839-1942. Y Páez, que a pesar de todas sus equivocadas actitudes y egoísmos y aun desplantas para con Bolívar, jamás llegó a perder la gran dosis de respeto, de admiración y aun de cariño sincero que profesaba al único a quien reconoció y acató siempre como Jefe, al Libertador; había empezado ya desde 1833 a reparar los agravios y deshacer las vergon-

zosas situaciones que contra éste habían tenido lugar en los momentos de ciega exaltación separatista el año 1830.

A fines del año 1840 las hermanas de Bolívar, María Antonia y Juana y su sobrino Fernando se habían dirigido al Gobierno de Nueva Granada, manifestándole sus deseos de dar cumplimiento a la cláusula del testamento del Libertador en la que éste ordenaba que sus cenizas fuesen enterradas en Caracas al lado de las de sus mayores.

El nombrado Gobierno no solo atendió a tan justa solicitud y la resolvió favorablemente, sino que pasó a dictar las medidas conducentes a la exhumación de los restos.

Cuando estas noticias llegaron a conocimiento del Gobierno de Venezuela, comprendió éste y sus legisladores que en justicia aquel acto nobilísimo no podía quedar en el ambiente de lo privado, y que la última y definitiva entrada que el extraordinario hijo de Caracas iba a hacer a su ciudad natal tenía necesariamente que revestir caracteres de apoteosis nacional.

Había llegado la hora de la justicia y de la reparación. Mandatarios, Legisladores y pueblo sentían bullir en sus pechos, hacía ya tiempo, el sentimiento del deber por cumplir hacia aquel incansable y desinteresado joven que en gesto de inconcebible magnanimidad expuso y gastó sin miramientos ni tacañerías los veinte mejores años de su existencia, amén de sacrificar su fortuna y sus comodidades y su reposo y hasta su fama y su honor, a trueque de regalar a sus paisanos la independencia y la nacionalidad.

El Congreso de 1842 promulga el 30 de abril el solemne decreto de honores al Libertador, y a 12 de mayo del mismo año, Páez, Presidente de la República, en acatamiento a lo dispuesto por el Soberano Congreso Nacional, da asimismo un decreto, cuyo Art. 2º decía así: "Se fija el día 17 de diciembre de 1842 para la celebración del aniversario fúnebre, tanto en la capital de la República como en las demás capitales de provincia, y desde ese día hasta el 24 de diciembre inclusive llevarán luto los empleados públicos". El primer artículo ordenaba la traslación de los restos del Libertador al suelo patrio. Los demás artículos puntualizaban todo lo referente a tal empresa.

Pronto el ambiente nacional se caldeó

de entusiasmo. Uno solo era el palpitante de todos los corazones venezolanos. Tal entusiasmo venía preparándose desde el año anterior, cuando en octubre la Universidad de Caracas había celebrado públicamente un acto dedicado "A la memoria siempre ilustre, siempre preciosa de Simón Bolívar". Fue aquella la ocasión en que el talento brioso y sagaz del joven Juan Vte. González, Profesor de la Universidad y bolivariano sin doblez, pudo libremente desahogarse tras de doce años de culto sincero y ardiente, pero callado, al nombre del Libertador. Después de sustentar la tesis de que "la Libertad es el alma del talento", exclama en el último párrafo de su discurso: "Hombre ilustre, mi voz se apaga ya, incapaz de expresar sentimientos. Y no he cesado de llorar-te un día desde tu partida de la tierra. Este momento tan deseado, yo lo presagí mil veces en mi corazón. Puedes aún mucho, Señor: llenas de fuego el pecho de tus hijos. Eres el símbolo de la libertad y de la igualdad; el símbolo de Venezuela; el símbolo del orden. Escucha, Señor, a la juventud entusiasmada que te consagra este acto de libertad, de reconocimiento, de amor y de concordia" (2).

La voz de Juan V. González, que en aquellos momentos hacía la más pública profesión de fe bolivariana, hablaba, —sin él sospecharlo quizás,— en nombre de muchos miles de venezolanos de entonces, y en nombre de todos los actuales y por venir.

Pero ya los anhelos lejanos de 1841 se acababan de convertir en realidad. Ya la memoria de la vida admirable de Simón Bolívar tendría un motivo permanente de satisfacción. El Libertador acababa de llegar por última vez, a las afueras de su ciudad natal. Pronto iba a hacer su entrada triunfal, apoteósica; para luego quedarse definitivamente a nuestro lado, y con un silencio más elocuente que todas sus anteriores arengas y discursos inspirarnos el camino del deber.

Emoción en Santa Marta.

¿Cómo habían llegado hasta Caracas las cenizas venerandas de Bolívar?

(2) Documentos para los Anales de Venezuela, Tercer Período, Tomo Primero, Caracas, 1909, pág. 35.

Grande había sido la actividad desplegada en los círculos oficiales, a fin de dar el mayor esplendor posible a todos los actos que habían de tener lugar en los meses de noviembre y diciembre de 1842.

El día 13 de noviembre zarpaban del puerto de La Guaira dos buques nacionales, rumbo a Santa Marta, en busca de las cenizas del Libertador. Era la nave principal la goleta *Constitución*, al mando del Comandante José María Baptista. Acompañaba a ésta el bergantín mercante *Caracas*. Comandaba toda la expedición el Capitán de Navío, Sebastián Boguier. La *Constitución*, magníficamente engalanada y equipada con todo lo necesario, sería la que traería a bordo la urna. Iba asimismo en esta nave la comisión oficial nombrada por el Gobierno venezolano para presenciar en Santa Marta la exhumación del cadáver y recibirlo oficialmente de manos de los representantes del Gobierno neogranadino. Esta comisión la formaban: el Dr. José María Vargas, Presidente; el Gral. José María Carreño, Mariano Ustáriz, y el sacerdote Prebendado Manuel Cipriano Sánchez, nombrado Gran Capellán.

Cuando la expedición entró en aguas de Santa Marta, ya se habían sumado a su séquito otros tres barcos de guerra, el *Circé*, el *Albatross* y el *Venus*, que los respectivos gobiernos de Francia, Inglaterra y Holanda habían enviado para rendir honores.

Llegados felizmente a Santa Marta, convínose con la Comisión neogranadina la fecha y hora en que se procedería al acto de la exhumación y reconocimiento de los restos del Libertador. Señalóse el domingo 20 de noviembre, a las cinco de la tarde, para la exhumación, el lunes siguiente a las nueve de la mañana para la Misa pontifical y exequias, y a las cuatro de la tarde para la conducción de la urna a la playa, para ser allí entregada y llevada luego a bordo de la *Constitución*.

El día 20 ya desde primeras horas de la tarde la Catedral de Sta. Marta se encontraba rebosante de público. Tras de los actos litúrgicos, y en presencia de las comisiones neogranadina y venezolana, mientras la guardia de honor formaba fila, dejáronse oír en la ciudad tres disparos de cañón; era la señal convenida que indicaba que la losa que cubría la bóveda sepulcral empezaba en aquel momento a levantarse.

El acto era de profunda emoción. Al poco rato fue elevado el ataúd, y puesto sobre el pavimento, para ser inspeccionado. Junto a los miembros de ambas Comisiones, aparecía la venerable figura, risueña y barbada, del último y diligente médico de Bolívar, el Dr. Alejandro P. Reverend, quien después de asistirle con tanta asiduidad, había recogido su último suspiro y luego practicado la autopsia al cadáver y preparándolo para la sepultura.

La caja externa de madera apareció bastante deshecha de la tapa y otros puntos. Pero la caja interior de plomo estaba intacta. Al abrirse ésta caja de plomo aparecieron los restos en la forma que nos describe el Acta Oficial: "El cráneo estaba aserrado horizontalmente y las costillas por ambos lados cortadas con oblicuidad como para examinar el pecho: los huesos de las piernas y pies estaban cubiertos con botas de campaña, la derecha todavía entera, la izquierda despedazada y solo conservada en su parte inferior; pedazos de galón decaído se hallaban a los lados de los muslos y listas de color verde de cobre oxidado, formaban líneas paralelas a estos huesos". (3)

Otra vez de las personas que en estos momentos figuraba al lado de Reverend era el amigo de éste, Sr. Manuel de Ujueta, quien había sido testigo presencial tanto de la autopsia del cadáver de Bolívar como de su preparación y sepultura. Una vez abierta la caja, y vistos los restos que contenía, el señor Gobernador Joaquín Posada Gutiérrez, Presidente de la Comisión granadina, preguntó en alta voz a los nombrados señores Reverend y Ujueta, "si por las marcas del esqueleto, su posición, los pocos restos del vestido y demás accesorios, estaban convencidos de ser aquel el mismo cadáver del Libertador: y ellos contestaron que sí lo estaban; y el doctor Reverend adujo en prueba de aserción, la división de la bóveda del cráneo que fué levantada para inspeccionar el cerebro, y la separación del escapulario anterior del pecho y de las extremidades de las costillas, que habían sido aserradas para el examen de esta cavidad". (4) Hecho este reconocimiento y verificada la identidad,

(3) Ibidem, pg. 116.

(4) Informe de la Comisión Venezolana al Ministro de lo Interior. Ibidem, pg. 99.

recortóse un tanto la tapa y los lados de la caja de plomo, para dar más estabilidad a los huesos que quedaban dentro, y colocóse luego en la magnífica urna de modera regalada por el Gobierno neogranadino.

Los instantes transcurridos durante este reconocimiento habían sido de sentimiento profundo y callado. La emoción del público que se veía frente a frente con el polvo mortal del más grande guerrero de América, se había mantenido discreta. Pero llegó un momento en que no se contuvo más. Y forcejeando e irrumpiendo frente a la fosa abierta, dejando de lado a las Comisiones presentes, el pueblo se arremolinó junto a los venerandos despojos para verlos bien de cerca, y para recoger fragmentos de madera del viejo ataúd y polvo de la fosa. No podía pensarse en suprimir aquel tributo espontáneo y generoso del pueblo de Santa Marta: era la última vez que tenían junto a sí al Libertador, y la separación tenía que ser dolorosa!

En una urna pequeña quedaron colocados el corazón y demás entrañas del Libertador, y el Gobierno venezolano hizo donativo de tan preciosos restos a la Nueva Granada, para testimoniarle perpetua gratitud por la hospitalidad y honores que la nación hermana había prestado al más preciado hijo de Caracas.

El día 21, a las cuatro de la tarde, púsose en marcha el imponente cortejo, camino de la playa, donde esperaba una falúa que trasportaría la urna a la nave Constitución. La urna salió del templo en hombros de oficiales de las naciones por Bolívar libertadas, y de otras naciones europeas que se habían sumado a las ceremonias. La marcha era lenta y dolorosa; el cañón de la ciudad y de los buques fondeados en la bahía resonaba sin cesar; las campanas daban al aire sus dobles, y los tambores con su monótono golpear acompañaban el triste desfile. No había rostro sin lágrimas, ni mirada que no se alargase en trayectoria incabable, hacia donde marchaba la preciosa urna. Al fin, la falúa con su tesoro abordo, despegóse de la costa y flotando airosa sobre la bahía, fue a atracar a un lado de la Constitución. La nave venezolana recibió en salón ricamente adornado el tesoro patrio que se le conataba. Al punto, de la fortaleza Santa Bárbara y de todos los otros buques anclados en la bahía, salió el estruendo del saludo oficial de quince cañonazos. Allí

en la playa quedaba una multitud incontable, mezcla de Gobierno, Ejército, y Clero y pueblo, que en silencio dejaba correr sus lágrimas. Era el 22 de noviembre, martes, cuando el convoy de cinco barcos se daba a la mar rumbo a La Guaira.

Para el Héroe, todo.

La suntuosa y regia preparación que la ciudad de Caracas lucía en la mañana del 17 de diciembre 1842, demostraba que no se habían escatimado gastos ni trabajo por parte tanto del Gobierno como de los particulares.

Las descripciones tan minuciosas que escritores contemporáneos de entonces nos han dejado, declaran bien el esplendor y magnificencia del aparato desplegado en plazas, calles y templos donde iba a desarrollarse el más grandioso homenaje fúnebre que ha visto Venezuela.

No podemos ni siquiera trazar a grandes líneas el cuadro del aspecto que ofrecía Caracas con su arco de triunfo frente a la Trinidad, con sus calles gallardamente engalanadas desde el Puente de La Trinidad hasta Sociedad y San Francisco, y con el Templo de este nombre aderezado de negro como nunca antes lo estuvo ni lo ha vuelto a estar.

Recojamos aquí solamente algunos datos que se conservan en escritos de aquella época, referentes al decorado exterior. La Gaceta de Venezuela en su número 621, anota: "Nada se ha omitido de cuanto pudiera contribuir a la mayor solemnidad. Se ha hecho venir de París el adorno del templo, el catafalco, un arco triunfal que debe ponerse en la carrera, y un magnífico carro en que deben atravesar las calles de Caracas los restos mortales de aquél que un día los paseara recibiendo homenajes de sus agradecidos compatriotas" (5). Otro testigo nos cuenta esto: "Todas las decoraciones, divisas, trofeos, etc., vinieron de París y recuerdo muchos días placenteros en casa del amigo a quien había encargado el Gral. Páez la dirección e inspección de los diferentes objetos y la avidez con que se examinaba el contenido de cada caja; los rollos enormes de terciopelo, de paño y de crespones que habían de adornar la carrera de la procesión y los millares de exquisitas insignias y divisas cada uno con letreros

(5) Gaceta de Venezuela, número 621. Ibidem, pg. 70.

adecuados a la ocasión y por muchos días bellas manos se ocuparon con hábil aguja formando según instrucciones los fragmentos innumerables en un grande y armonioso conjunto" (6).

Fermín Toro, que consignó con profusión de pormenores cuanto sus ávidos ojos vieron aquella mañana del 17 de diciembre de 1842, llega a decir, entusiasmado ante la magnificencia del espectáculo, que "el golpe de vista era indescriptible, y en vano el arte sobre la tela procuraría dar un remedo". Entresaquemos de su extensa y vívida descripción, siquiera dos fragmentos breves, referente el uno al carro donde era transportada la urna al templo de San Francisco, y el otro al aspecto que ofrecía el túmulo. "Atraía principalmente las miradas el carro con su hermoso cenotafio envuelto en grandes velos negros con estrellas de plata, y sus paliás de terciopelo morado con arabescos de oro, y sus guirnaldas, rosetones y coronas de siempreviva, y el gran trofeo, cuyos pabellones elevándose a grande altura flotaban a merced del viento como sobre un monumento triunfal"... "Nada puede compararse con al aspecto grave, religioso y al mismo tiempo magnífico que ofrecía el presbiterio. Sobre el negro cortinaje que entapizaba los muros, resaltaban franjas, orlas y arabescos plateados. En el fondo, a la altura del catafalco, se veía una gran cruz escarchada, y a sus lados los escudos de armas de la Nueva Granada, Ecuador, Perú y Bolivia, haciendo pie a cuatro hermosos grupos formados con las banderas de las mismas República. En el centro se levantaba sobre elevadas gradas majestuosamente el túmulo, cuya magnitud, forma y alegorías, correspondían dignamente al duelo de una Nación y a la memoria de un Héroe. En su ancha y decorada base se veían, al frente las cinco Repúblicas llorosas y desoladas, representadas bajo la forma de otras tantas bellezas indígenas, cuyas hermosas proporciones, ligeramente veladas, reunían toda la severidad del pudor a la sencillez de las gracias nativas. La urna o cenotafio se elevaba a una grande altura cubierta de festones y coronas de siemprevivas, y un inmenso velo de terciopelo negro regado con

(6) Isabel S. Alderson, "Los Funerales de Bolívar". Cfr. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, Venezuela, Tomo XI, pg. 50.

lágrimas de plata descendía en anchos pliegues arrojando el catafalco, a cuyo pie se veía el trofeo más digno de Bolívar: los pendones de Pizarro. Cuatro grandes lámparas de uno y otro lado ardían sobre tripodes con llamas violadas, y al frente del tumulto estaba colocado el altar, rico y sencillo a un tiempo, pues no le adornaban sino un hermoso crucifijo y seis soberbios blandones, todo de plata". Y concluye Toro su descripción total del templo: "Este era el templo: más vasto, más costoso puede hallarse fácilmente; más imponente, más bello, con más propiedad y gusto adornado, con trabajo la imaginación lo inventa".

Música, Oratoria y Sufragio.s

Si por estos pocos rasgos que dejamos apuntados, se deduce algo de la suntuosidad de aquel fúnebre escenario, los actos que tuvieron lugar entre diez de la mañana y cinco de la tarde fueron de tan excepcional magnificencia, que se hace tarea casi imposible el pretender reducirlos a síntesis.

El imponente cortejo bajaba en perfecta formación, a paso lento, desde la iglesia de la Stma. Trinidad. Gobierno, Diplomáticos, Militares, Clero, Corporaciones, veteranos de la Independencia, forman un abigarrado conjunto, matizado por el brillo y colores de los diferentes uniformes e insignias que cada cual ostenta. Allí pasa el bravo General Rafael Urdaneta, Jefe de todas las tropas, a caballo y espada en mano; su uniforme de gala hace aún más arrogante su figura de distinguido militar. A su lado va el Gral. José Tadeo Monagas, también luciendo lujoso uniforme que realza su figura de militar aguerrido. Al otro lado cabalga un tercer personaje, seco de carnes, curtido del trabajo, uniformado con el mismo viejo y manchado uniforme con que asistiera a la batalla de Cara-

bobo, y cubierta la cabeza con el alto morrión de Huzar, tal como había peleado al lado de su ídolo Bolívar: era el Gral. Juan Uslar, el mismo que desde Valencia había salido a La Guayra a ver llegar las cenizas de su jefe Bolívar, y que no pudo entonces contener sus copiosas lágrimas; también ahora el lloro cubre sus mejillas, mientras desfila en séquito de honor junto a la urna del Libertador.

Aquel largo desfile llegaba a las puertas de San Francisco al mediodía. El templo quedó pronto rebosante de público, distribuido en perfecto orden, según dignidad y legítimas preferencias. La Misa Pontifical, "de requiem", celebrada por el Ilmo. Arzobispo de Caracas, comenzó casi a la una de la tarde. Una excelente orquesta llenaba de armonías el espacio. Muy avanzada era ya la hora, cuando el orador designado, el Padre José Alberto Espinoza, Rector de la Universidad, subió a pronunciar su elocuente oración fúnebre. "Bella y patética fué la oración, —dice Fermín Toro,— digna del Héroe y propia de la boca de un Ministro del Santuario".

Las cenizas de Bolívar, terminadas aquellas ceremonias, quedaron en Capilla Ardiente en el mismo templo de San Francisco; adonde el concurso de fieles no cesó de acudir, hasta el 23 de diciembre, día en que solemnemente fueron llevadas a la Capilla de la Stma. Trinidad de la Catedral, para ser sepultadas al lado de las de los otros miembros de la familia Bolívar. Terminado aquel acto, el Presidente de la República Gral. Páez, en un brindis gratulatorio que pronunció en el palacio de Gobierno, dijo estas palabras, con las que cerraremos el presente escrito: "Yo invito a ustedes ahora a que saludemos a Bolívar restituído a la Patria con todas sus glorias, con todos sus grandes hechos, con la memoria de sus inmortales servicios".

Pedro P. Barnola, S. J.